

Poseedores de Piedras (I): El heredero del Viento

Andrés Cruz



Image not found.

Capítulo 1

Parte I: El Pacto del Agua

Capítulo 2

Galwyn (I)

Nunca pensó que se sentiría tan aliviado de ver la imponente muralla de Arienna. Estaba en lo alto de una duna, así como el sol se encontraba en lo más alto del cielo escupiendo fuego en todas direcciones. Aquella muralla representaba más que el final de su camino; era la promesa de una ciudad con fuentes de agua fresca, dátiles maduros, carne a la brasa y grandes mercados con frutas y verduras.

El calor, sofocante y fatigoso, caía en picado desde el cielo para volver a emerger de la arena como un mar de lava. A pesar de esto, iba cubierto de telas para protegerse la piel de los rayos del sol. Se cubría brazos y piernas, la cabeza y el cuello, incluso las manos callosas con las que sostenía las riendas del camello. La única zona expuesta a la luz solar eran sus ojos; de ahí que se sintiesen como dos pasas coronadas por unas pestañas carbonizadas. La ropa se mezcló con el sudor hasta convertirse en una segunda capa de piel que se le podría encima poco a poco, provocando llagas allí donde entraba en fricción. Las partes más afectadas eran las piernas, donde el dolor, al principio punzante y continuo, se había hecho insoportable durante gran parte del viaje.

Galwyn había seguido el cauce del Pequeño Osmanr todo el tiempo que le fue posible, hasta que se vio obligado a desviarse hacia el este para llegar a Arienna. Tardó más de dos ciclos lunares en recorrer el desierto, enfrentándose al insoportable calor de día y a las gélidas temperaturas nocturnas. Tuvo la suerte de encontrarse con un poblado nómada justo antes de que se desatara una tormenta de arena que duraría siete días con sus siete noches. Ellos tuvieron la amabilidad de acogerlo como invitado. Galwyn agradeció dicha amabilidad robándoles agua y comida.

El Gran Desierto Rojo de Xaros no solo recibía ese nombre por su arena rojiza, sino también por la sangre de todos los hombres que habían perecido en el intento de atravesarlo, o al menos eso decían. Aquel lugar estéril escondía otros peligros además de las tormentas de arena y el sol abrasador; era el hogar de las serpientes más peligrosas de todo Erion. Galwyn a penas era conocedor de algunos de los cientos de especies que habitaban esa parte del continente. Entre ellas destacaba la conocida como "*Doncella Susurrante*", capaz de adormecer a sus presas con hipnóticas canciones. Los escorpiones rojos, que podían alcanzar el

tamaño de un ave pequeña, también eran famosos por su veneno.

Del saco que colgaba de la silla de montar sacó un ocre medio vacío, lo apretó con fuerza y se llenó la boca de agua caliente. Cada trago de aquel líquido turbio, cuyo sabor le recordaba más al vinagre que al agua cristalina que corría por los arroyos de Greenos, hacía que se le retorciera las tripas. No se acostumbraba a ella, ni quería acostumbrarse.

- Otra cosa a la que sobrevivo -comentó a su camello.

Las altas temperaturas, el hambre, la deshidratación y la monotonía del desierto habían embotado sus sentidos, haciéndole perder la cabeza en más de una ocasión. En los momentos en que se le nublaba la razón, la veía correr descalza sobre alguna duna, mientras delicadas nubes de polvo se levantaban tras sus pasos. En el cielo, las siete lunas se alineaban para verla danzar sobre la arena; todas brillaban en un tono azul mortecino que flotaba a su alrededor como un aura fantasmagórica. Ella lo instaba a seguirla y él siempre obedecía el llamado de aquellos brazos abiertos en los que deseaba perderse. Pero nunca lograba alcanzarla; sus pies se perdían entre las arenas movedizas, al tiempo que ella gritaba su nombre como lo había hecho hacía tantos años.

Hizo sonar el látigo y el camello corrió en dirección a Arienna. La ciudad se hacía más grande a medida que se acercaba. Su muralla, de unos veinte metros de altura, era tan imponente como se decía. Estaba recubierta por una capa de la famosa mezcla de arena roja de Xaros, sobre la cual habían dibujado figuras bañadas en oro que contaban una historia que Galwyn no alcanzaba a comprender en su totalidad. Desde la distancia solo alcanzaba a distinguir ciertos animales que luchaban ferozmente contra guerreros Xarontis.

Una de las grandes puertas de Arienna, la puerta de Orea, estaba abierta a los visitantes, pero fuertemente controlada por miembros del ejército de la ciudad. No llevaban armaduras, solo la vestimenta verde aceituna de los soldados Xarontis. Iban armados con lanzas, una espada corta colgada del cinturón y la Jarra de Orea, símbolo de Xaros, dibujada en el escudo. Le sorprendió la cantidad de personas que querían entrar en la ciudad. Muchos eran comerciantes ataviados con ropas extravagantes y holgadas que se abanicaban al viento; los seguían de cerca grandes séquitos de hombres y mujeres de pieles negras y aceitunadas. Los demás, de vestimenta mucho más humilde y semblante servil, se delataban como personas del pueblo llano. A estos no los seguía ningún séquito más que sus familias al completo con sus pertenencias montadas en burros de carga o en cestas de mimbre sobre sus cabezas.

Al llegar a la imponente puerta de Orea, Galwyn se percató de que algo ocurría. No tardó en escuchar los murmullos de los allí presentes y un par

de voces que sobresalían de entre ellos. Uno de los guardias mantenía una acalorada discusión con una mujer.

- ¡Por favor! -suplicó la mujer sollozando-. Solo somos mi hijo y yo, prometo que trabajaré, lo prometo, en lo que sea.

- Nuestros burdeles están llenos, mujer -dijo el soldado provocando la risa de aquellos a su alrededor-. La próxima vez no te golpearé con la mano, te lo advierto.

- Como no se quite ordenaré que mis carrromatos le pasen por encima .

La voz venía de entre las cortinas de una litera. Su ocupante, un hombre calvo de dimensiones considerables, llevaba las manos abarrotadas de anillos con piedras preciosas en todos los colores. Las agitaba con desdén dando ordenes a sus sirvientes para que lo abanicasen. La mujer pareció ignorarlo.

- Os daré todo lo que tengo -le entregó una bolsa de monedas al guardia.

- Esto no es suficiente ni para pagar el impuesto de entrada de tu hijo.

El soldado vació la bolsa y unas monedas rectangulares cayeron al suelo, perdiéndose en la arena. Galwyn llegó a contar cinco o seis desde lo alto de su camello. La mujer se aferró a su pierna y el hombre la volvió a patear.

- Diez Xaram de cobre -gritó el soldado pateando la bolsa vacía-, es el precio para entrar en Arienna.

La moneda silbó en el aire y golpeó al soldado en la cara. Éste, sorprendido, se llevó la espada corta a la mano y preguntó furioso quién había sido. El parpado izquierdo del soldado ya empezaba a oscurecerse por el impacto de la moneda, cuando Galwyn avanzó en silencio sosteniendo el camello por las riendas. Los demás le abrían paso entre susurros y risas contenidas.

- He sido yo -confesó de manera desafiante.

El soldado lo miró con incredulidad.

- ¿Acaso te estás volviendo loco? -la espada cortaba el aire en un movimiento circular al ritmo del balanceo de su poseedor.

- Ha sido un largo viaje. No dudaría que el Sol me haya cocinado los sesos. Me gustaría entrar en la ciudad, darme un baño y tomar vino

fresco. Si te quitas de mi camino, claro está.

- Entrarás... pero a trozos.

Hizo ademán de cargar contra Galwyn, pero una voz tras él se lo impidió.

- ¡Un Ero de plata! -exclamó otro de los soldados levantando la moneda triangular del suelo.

El de la espada se dio la vuelta incrédulo, caminó hacia su compañero y le arrebató la moneda de la mano. La hizo girar en el aire y le dio un mordisco para comprobar su veracidad. La cara se le descompuso al ver que era real, pero un instante después volvía a tener semblante serio. Galwyn le dedicó una risa burlona.

- Será suficiente para pagar el impuesto de la mujer, su hijo y el mío - concluyó.

El Ero, moneda de Eronte, valía cinco veces más que el Xaram de Xaros. Además, se podía utilizar en distintas naciones fuera del continente de Erion. Galwyn volvió a subirse al camello y se dirigió al interior de la ciudad sin esperar la respuesta del soldado. Los que estaban en la entrada retiraron las lanzas y lo dejaron pasar. La mujer se postró frente a él a su paso e instó a su hijo a hacer lo mismo.

- ¡Gracias, mi buen señor, gracias!

Galwyn hizo un gesto con desgana y atravesó la enorme puerta.

Lo primero que vio, a lo lejos, fue una estatua como nunca había visto otra. A su alrededor giraba todo lo demás. Los edificios eran bajos, agrietados, de colores que antaño eran vivos y llamativos pero ahora aparecían desgastados. Las calles eran rojizas y polvorientas. Nada más entrar, un hombre se ofreció a cuidar de su camello mientras estuviese en la ciudad por el módico precio de cinco Xaram de cobre. Galwyn aceptó sin regatear el precio y le dio algo más para asegurarse de que el camello comiese bien. El hombre se llevó al camello a una cuadra cercana a la entrada.

Recorrió el camino hasta la estatua a pie, fijándose en los Xarontis y su estilo de vida. La ciudad emergía orgullosa de la arena y abarcaba hasta donde alcanzaba la vista. En la parte más alta, mucho más allá de la estatua, un palacio de mármol rosa vigilaba con atención toda Arienna. Era el hogar de los Ancianos, la máxima autoridad de la nación de Xaros. Los Ancianos no eran elegidos por los ciudadanos, como ocurría con los Sabios de New Lambor; ni por pertenecer al clan más fuerte, como los Maestros de Greenos. Sus nombres eran revelados a las Últimas Sacerdotisas de las Islas de Samön mediante sueños proféticos antes de

sus nacimientos.

La estatua, que Galwyn estimó mediría unos diez metros, pertenecía a la Reina Orea, fundadora de la nación de Xaros. Se encontraba bajo una enorme construcción de mármol blanco sostenida por pilares que rodeaban toda su circunferencia. No tenía puertas ni paredes, tan solo una cúpula majestuosa con grabados antiguos en oro y piedras preciosas. Parecía estar hecha de arena roja, pero su consistencia recordaba a la del mármol mismo. De semblante regio y amenazador, la estatua se encontraba sumergida hasta los tobillos en una gran fuente alimentada por el agua procedente de la jarra que sostenía entre las manos. En su pecho brillaba un zafiro azul del tamaño de la cabeza de un hombre adulto. El rostro era el de una mujer hermosa y a la vez guerrera; tenía labios gruesos, mirada penetrante y el pelo trenzado recogido hacia atrás.

La fuente estaba abarrotada de personas que disfrutaban del agua o se cobijaban detrás de alguna columna. Allí se encontraban hombres de todas las clases sociales; desde comerciantes con la piel aceitada hasta mendigos que buscaban una tregua a las altas temperaturas. Los niños corrían y jugueteaban de un lado al otro; las mujeres, con los pechos al aire, intercambiaban confidencias entre risas. Todos se refugiaban ante los ojos de Orea, unidos, más que como una nación, como hermanos. Quizás esperasen que los ojos de arena de la reina contemplasen hecho realidad el sueño que una vez tuvo.

Galwyn se despojó del cinturón de cuero en el que llevaba la daga, de sus pantalones y la camisa maloliente que lo había acompañado durante todo el viaje. Se descubrió la cabeza y una mata de pelo negro pegajoso lleno de arena le cayó sobre los hombros. Unos escalones de mármol descendían hacia la fuente; muchos estaban ocupados y tuvo que hacerse hueco entre el gentío para llegar al agua. Era la primera vez en meses que se daba un baño y su cuerpo lo agradeció. Se acercó al centro de la fuente, donde el agua caía como una cascada incesante produciendo un ruido ensordecedor. Dejó que el chorro cayese directamente sobre su cabeza. Abrió la boca y se llenó de ella. Era fresca, incluso más que la de los arroyos de Greenos que tanto anhelaba, o eso le parecía. Sus pies intentaron hacer fondo pero les fue imposible. Se preguntaba de dónde salía tanta agua y a esa temperatura. Arienna, a diferencia de otras ciudades de Xaros, no se encontraba junto a ningún río, sino que estaba en mitad del Desierto Rojo, rodeada de arena en todas las direcciones. Aún así contaba con fuentes, canales y reservas de agua que nunca se agotaban. Los sabios Lamboris decían que el agua provenía de lagos subterráneos de agua dulce; otros preferían buscar explicaciones mágicas.

Los Arienses utilizaban aquella fuente para protegerse del calor, pero también era conocida como un punto de encuentro entre filósofos,

comerciantes y nobles que mantenían acalorados debates sobre temas tan diversos como el arte, la política o la guerra. Galwyn se paseó con desgana entre ellos, mientras las aguas frías de la Reina Orea le quitaba el polvo de la travesía. Las voces se alzaban y se entremezclaban hasta el punto de llegar a ser imposibles de entender. El acento Xaronti, fuerte y marcado, tampoco ayudaba. Aun así, Galwyn consiguió enterarse de algunas cosas.

- Los pueblos lo esperan con las puertas abiertas para intentar aplacar su ira -dijo un anciano arrastrando las palabras.

- Se dice que ya ha tomado la mitad de Laceros, ¿es eso cierto? -preguntó un joven de brazos fuertes que estaba sumergido hasta la cintura. El anciano asintió.

- Cada día llegan más Laceros pidiendo asilo y agua. Algún día se decidirá a cruzar el Desierto Rojo y nos lo encontraremos a las puertas de Arienna, o peor, irá a por el Pequeño Osmanr.

- Tenemos que convocar a las fuerzas -la voz vino de algún punto entre la multitud. Otros se sumaron a ella.

- Lo que tenemos que convocar es un nuevo consejo de Ancianos. Los cincuenta deben comparecer ante el pueblo y explicar cómo van a solucionar esta situación.

A su alrededor, los hombres gritaron en señal de asentimiento.

- La Reina de Eronte ha vuelto a subir los Impuestos de Paz y el precio del vino, mientras los de New Lambor están desviando el cauce del Sangre Verde para abastecer sus minas. Nuestros Ancianos se mantienen en silencio, viviendo cómodamente en su palacio de mármol -señaló hacia lo alto de la ciudad donde el palacio de mármol rosa se alzaba en su esplendor-, mientras el pueblo muere de hambre. Tenemos que luchar por Xaros y por nuestro orgullo.

El ruido se hizo ensordecedor, todos los hombres se levantaron con el puño en alto al grito de "Xaros". Ante esto, el anciano se quedó sentado contemplando el agua agitarse a su alrededor con el semblante cada vez más apagado. Galwyn se decidió a salir del tumulto, se vistió y siguió su camino.

Se guió por el ruido de las calles para llegar al bazar de Arienna, famoso en todo el mundo por su infinita variedad de bienes y servicios. "Allí se puede encontrar desde la más rara de las especias, hasta los más oscuros secretos del hombre", había oído una vez.

Era un sitio ruidoso y no tan maravilloso como le habían contado. Allí habían más moscas que productos a la venta. Vio a unas mujeres pelearse

por un vestido, otra regateaba con un carnicero una pieza de cordero, un hombre martilleaba la suela de un zapato para unirlo a otro diferente y los niños jugaban a lanzarse naranjas podridas. Los burros de carga se movían pesados con la lengua fuera mientras sus amos les gritaban ordenes que ellos, por razones obvias, no acataban. Los vendedores le ofrecían entre gritos dátiles de fuego bañados en miel, leche de cabra y escorpiones recién asados. Las mujeres llevaban vestidos cortos y vaporosos que dejaban parte del cuerpo a la vista. Las más adineradas vestían *varsács*; vestidos enjoyados con piedras preciosas que centelleaban a ritmo de sus caderas. El humo, la multitud y el calor hacían de aquel lugar un pequeño infierno de mil colores.

Galwyn se quedó quieto un segundo, tiró de la daga y se giró de manera brusca.

- ¿Se puede saber qué se te perdió en mi bolsa?

El niño estaba paralizado, la daga le rozaba el cuello y un hilillo de sangre espesa bañaba la hoja bajo los rayos abrasadores del Sol. Tenía los ojos como platos, la mano extendida sosteniendo todavía la bolsa y la boca abierta sin un diente que no estuviese podrido. Vestía harapos mugrientos e iba descalzo. Tras unos segundos, salió corriendo y se perdió entre la multitud.

Galwyn se ajustó la bolsa de monedas, limpió la daga y la enfundó.

- No debisteis dejarlo ir -comentó una mujer de avanzada edad y piel negra como el ónice desde detrás de un mostrador abarrotado-. Le habrían cortado la mano por ladrón y os la habrían entregado como recuerdo de que Arienna es una ciudad justa y severa.

- No vine aquí a hacer justicia, mi señora. Además, no llegó a robarme nada.

- Pero lo intentó, eso serían tres dedos a vuestra elección.

- Veo que sois severa. ¿Haríais eso a un pobre niño inocente?

- Sí, ¿por qué no? Si tienen edad para delinquir también la tendrán para aceptar el castigo que viene con ello. ¿No le parece?

Aquello tenía algo de sentido, pero Galwyn prefirió no opinar.

- La opinión de un forastero no debería ser importante.

- ¡Hum! Alguien que cruza el Desierto Rojo solo para llegar a nuestra

ciudad merece ser escuchado. ¿Desde dónde venís?

- Greenos -se maldijo un segundo después, no debería haberlo dicho.

- Ya entiendo, allí los Maestros son justos en su ira.

- Dirá que nuestra justicia no es tan regia como la vuestra. ¿Cortar manos y dedos? ¡Ni que estuviésemos en los días del Rey Egell!

- ¿Os parece más justo dejar que escape, crezca y se convierta en un ladrón o en un asesino? He vivido mucho y créame: los hombres crueles fueron niños crueles. Nuestra justicia les da la oportunidad de redimirse junto a un recordatorio de qué camino deben seguir.

- Entonces, a mi parecer, la justicia no siempre es justa.

- Pero es la que tenemos.

La anciana levantó la mano derecha para sacudirse las moscas de la cara. Solo le quedaban el dedo medio, el índice y el pulgar. Llevaba anillos de diferentes tamaños en todos ellos.

- Mi nombre es Urra Liorem. ¿Cuál es el vuestro?

- Merir Eldivar -mintió-. A vuestro servicio.

Urra hizo un gesto para que se acercase y le entregó un espejo en un marco de madera con incrustaciones de esmeraldas, zafiros rojos, azules y naranjas. Galwyn llegó a la conclusión de que aquella baratija valdría cinco monedas de cobre como mucho. Sirvió para ver su reflejo por primera vez en meses. A pesar del baño seguía sucio; el pelo empezaba a secarse, había crecido, al igual que la barba. La cicatriz seguía ahí; cruzaba la cara de manera transversal desde la frente hasta la barbilla y se perdía entre la barba espesa. Sus ojos, azules brillantes, contrastaban con la piel tostada por el Sol. La mujer le ofreció vino agridulce, telas de colores vivos y piezas de diferentes metales. Galwyn rechazó con gesto serio todo lo que le puso delante, se sacó un trozo de pergamino de la bolsa y lo extendió.

- Busco un tenderete con este símbolo.

La mujer miró el pergamino con desgana al principio, una ráfaga de sorpresa le recorrió la cara y por último fingió indiferencia. Señaló con uno de sus pocos dedos un callejón que se veía al final de la calle, alejado del tumulto de personas, animales y mercancías.

- La muerte vive en esa dirección -añadió.

Galwyn tomó el trozo de pergamino que ella había dejado sobre el mostrador y se despidió con la mirada. Caminó hacia donde le había indicado Urra y sintió el deseo de darse la vuelta y mirar por última vez a aquella enigmática mujer. Pero él ya no era de los que miraban atrás.

El callejón era oscuro y poco transitado, se retorció una y otra vez, dando paso a otros callejones todavía más pequeños, donde el bullicio del mercado era engullido por las tupidas paredes de piedra. Un gato emitió un sonido aterrador cuando le pisó la cola y salió huyendo bajo sus pies. Entonces empezaron los susurros. Venían de puertas que se cerraban a su paso, de escaparates vacíos y de las propias paredes. Al girar por una de las esquinas se encontró a un hombre cubierto de moscas tirado en el suelo. No se percató de si estaba vivo o muerto y tampoco le interesaba mucho. A pocos metros de allí una puerta se abrió de repente y una mujer, de piel lechosa, pelo canoso enmarañado y desdentada, le ofreció una bolsa con algo que se movía dentro. Él la rechazó de un manotazo y ella se volvió a ocultar mientras lo insultaba en una lengua extraña.

Tras varios minutos perdido entre el laberinto de paredes de piedra, salió a una zona donde las calles eran más amplias, pero no menos tenebrosas. Los que por allí transitaban no eran Xarontis, o al menos no lo parecían. Sus pieles no eran negras o aceitunadas como los habitantes de Arienna, sino blancas como la leche; como si el Sol que azotaba aquellas tierras nunca los hubiese tocado. Y no era de extrañar, las calles estaban cubiertas por telas que se ataban unas a otras en lo alto de los edificios, proyectando sombras sobre el suelo adoquinado. Algunos edificios estaban unidos por techos de madera que podían precipitarse contra el suelo en cualquier momento. Los escaparates polvorientos tenían un poco más de vida. Hombres y mujeres demasiado cubiertos para la temperatura que hacía, entraban y salían con paquetes engrasados de tela o papel, algunos con extrañas formas que le recordaban a partes de la anatomía humana. Lo que había en aquellas tiendas era tan pintoresco como los clientes que las frecuentaban. Estos lo juzgaban con ojos saltones tras sus anteojos de cristales gruesos, que proyectaban la poca luz que llegaba allí. Sus capas, negras en su mayoría, aunque las había en tonos mostaza y gris, llegaban hasta el suelo y se arrastraban pesadas como neblina oscura.

Galwyn divisó un cartel colgado de una barra de hierro oxidado donde se encontraba el blasón del buitre negro con las alas extendidas y el pico abierto en modo amenazante. A pesar de reconocerlo de inmediato, lo comparó con el que llevaba dibujado en el trozo de pergamino. Al parecer, aquel sitio había sido una tienda de objetos antiguos.

Inspeccionó el interior desde los cristales rotos del escaparate antes de decidirse a entrar. El chirrido que emitió la puerta bien podía haber despertado a quién fuese que se encontrara allí, pero nadie respondió. Dio

unos pasos hasta que se encontró en medio de la tienda. El suelo era de madera mohosa y estaba recubierto por una grasa extraña que hacía que los pies se adhiriesen a él con cada paso. Un mostrador cruzaba la estancia y la dividía en dos zonas diferenciadas. Tras él se encontraban algunas estanterías de madera en las que no había nada más que telarañas. También había una puerta que se insinuaba roja allí donde la pintura todavía se diferenciaba del hollín. Había ardido fuego, las paredes eran muestra de ello, pero la madera seguía intacta, junto con el mostrador y las estanterías. De ellos no quedaba rastro de color, pero ahí estaban, ennegrecidos pero de pie, como si fuesen ignífugos.

- Mis disculpas, estaba atendiendo unos asuntos.

Al girarse, sus ojos fueron a toparse con un hombre de baja estatura, tan gordo como un tonel de vino. Llevaba una túnica amarillenta, a juego con sus dientes, hasta los tobillos; de las sandalias estilo Xaronti salían dedos gordos y peludos. Sus manos estaban cubiertas por anillos con piedras diminutas de diferentes colores. El rostro era redondeado, tan grande como la luna Rexus; tenía una verruga en la parte baja del moflete derecho y la nariz ganchuda; el labio inferior era grueso y descolgado; el superior, prácticamente inexistente. Su piel aceitunada brillaba por el sudor. Desprendía un hedor a putrefacción que le hizo reprimir una arcada.

- Mi nombre es Daros Malak -se presentó haciendo una reverencia grotesca-. ¿En qué puedo ayudaros?

- Vengo en busca de algo.

- Ya, ya, eso seguro. Todos vienen en busca de algo. Pero debería saber quién requiere de mis servicios antes de ofrecerlos, ¿no cree?

- Mi nombre es lo de menos -respondió Galwyn mientras tiraba el trozo de pergamino sobre el mostrador-. El de mi amo, sin embargo, te podría interesar más.

Daros se acercó cojeando con desgana hasta la mesa. Una ola de temor le recorrió el rostro y no pudo evitar sobresaltarse. Tragó saliva.

- Deberíais haber empezado por ahí.

Dio una vuelta al mostrador y se dirigió en silencio a la puerta que había al fondo.

- Seguidme -le instó.

Sacó una llave de la túnica y la hizo girar dentro de la cerradura. Tras la puerta apareció una escalera de madera que descendía hasta perderse en

la oscuridad. Los primeros escalones estaban iluminados por la luz que se colaba tras ellos, pero más allá todo era penumbra. Galwyn dejó que Daros se adelantara unos metros antes de empezar el descenso. Sus sentidos se agudizaban con la misma velocidad que la oscuridad se tragaba la luz. Allí el bochorno desaparecía para dejar paso a una humedad empalagosa que le resultó en parte refrescante. Olía a moho, aceite quemado, incienso y putrefacción. Los olores le colmaron las fosas nasales a la vez que lo invadían sonidos de alas revoloteando y ratas corriendo despavoridas tras los pasos pesados y dispares de Daros Malak. Estuvo a punto de tropezar varias veces, pero sus manos fueron rápidas y encontraron en la oscuridad una barandilla de madera a la que sujetarse.

Los pasos del hombre misterioso se detuvieron y Galwyn hizo lo mismo. La luz le devolvió la visión tan de repente que sus ojos tardaron unos segundos en acostumbrarse a ella. Los últimos escalones se desvelaron ante él. Al pie de la escalera Daros le esperaba rodeado de sombras oscilantes que bailaban al ritmo de la lámpara que sostenía.

- Por aquí, mi buen señor -su voz retumbaba contra las paredes produciendo un eco casi fantasmagórico.

Daros encendió otra lámpara y se la tendió a Galwyn. Giró sobre sí mismo para inspeccionar el lugar antes de decidirse a avanzar. Era reducido y asfixiante, repleto de estanterías que se disponían en hileras donde frascos de mil colores y tamaños convivían con pergaminos polvorientos, telarañas, extraños insectos y anfibios en vitrinas de cristal. Cada frasco, vitrina y animal parecía estar correctamente etiquetado y dispuesto en un orden que Galwyn no se molestó en intentar descifrar. Alcanzó a leer etiquetas de venenos tan extraños como el de basilisco y ciempiés rayado; plantas desconocidas como la Daena-Boba; partes de animales como lenguas y orejas; un frasco lleno de ojos de distintos colores; uña de hurón albino y extracto de semillas de Arcerol. Otras etiquetas estaban demasiado desgastadas para ser leídas o escritas en lenguas que Galwyn desconocía.

Tropezó con algo y al alumbrar el suelo se dio cuenta de que era una raíz, siguió su curso con la luz de la lámpara hasta llegar a la enredadera que subía por una estantería hacia el techo y se perdía en la oscuridad. Más adelante, se encontró con una mesa en la que un enjambre de gusanos reptaba por lo que parecían ser los restos de un cuervo. La peste lo hizo cubrirse la nariz con el brazo. El hombre gordo se apresuró a cubrir aquel espanto con un trozo de tela manchado de grasa y sangre seca.

- Este lugar apesta casi tanto como tú -Galwyn ya no podía ocultar el

desagrado.

- Estamos en las entrañas de Xaros, mi buen señor, ¿a qué esperabais que oliese?.

- Me pregunto que habrá comido la gran nación de Xaros para que sus entrañas huelan así.

- A vuestro amo no le importó tanto el olor cuando estuvo aquí. Vino buscando el mejor alquimista de todo el continente de Erion, no el que oliese mejor.

Así que eso era Daros, un alquimista. Fingió que conocía esa información desde el principio y no dio muestras de sorpresa.

- Veo que tienes una visión muy elevada de ti mismo.

- La que me profiere mi trabajo, nada más. Vos también tenéis una reputación.

- Cuidado, mi daga es tan afilada como tu lengua.

- ¿Amenazáis a un hombre en su propia casa? Una falta de respeto. Tenéis que cuidar a quién amenazáis, soy de más utilidad para vuestro amo de lo que pensáis.

- ¿Tú?

- Para que os hagáis una idea: vos sois la mano que sostiene la daga, yo soy la daga.

Aquel comentario hizo que se le erizara la piel y de repente quería salir de allí. No temía a Daros, ni mucho menos, tampoco aquel era el peor lugar en el que había estado, pero había algo en aquel hombre, en aquel lugar, que no había sentido nunca. Era más que una sensación, era una voz en su interior que lo instaba a huir. "Tonterías", se intentó convencer. No era de los que dejaban un trabajo a la mitad, y menos uno tan importante. Creyó escuchar su voz llamándole mientras era arrastrada a la oscuridad. "Necesito saber qué pasó", se recordó.

Giró la cabeza de derecha a izquierda y sus ojos se toparon con un monstruo temible que se abalanzaba sobre él. Galwyn se llevó la mano al cinto de la daga por inercia antes de darse cuenta que una vitrina de cristal lo separaba de la bestia. Al otro lado se encontraba una serpiente extraña: tenía la cabeza del tamaño del puño de un hombre adulto, unos colmillos más largos de lo normal, por los que se escapaba una lengua bífida. Lo más extraño era su piel, estaba recubierta de una mata de vello

espeso de color pardusco de la que parecía emanar cierta sustancia.

- ¿Qué clase de monstruo es este? -preguntó airado.

- Una serpiente peluda de los pantanos de Lurea Van Dorka -dijo el alquimista con una sonrisa burlona-. Difíciles de conseguir. El problema es que las hembras tras dar a luz se comen a las crías que consideran débiles, algunas incluso se comen a los machos.

- He oído hablar de ellas -enfundó la daga-, pero nunca creí ver una en persona -golpeó la vitrina suavemente con los dedos, la serpiente abrió la boca en tono amenazante y erizó el vello-. Y menos en el desierto rojo de Xaros, tan lejos de Lurea Van Dorka. ¿Cómo la conseguiste?

- Un intercambio, mi señor. Un mercader de especias vino a mí buscando algo tan raro y maravilloso como difícil de conseguir.

- Y caro, supongo.

- Sí. Caro, muy caro. Pero no me malinterpretéis, soy de los que piensa que el hombre que se mueve por oro baila al ritmo de cualquier bolsa de monedas. El mercader me ofreció una pequeña fortuna, tanto como para vivir tranquilo el resto de mi vida. Rechacé su oferta y las dos siguientes, aún mucho más succulentas. Pero esto, mi señor, iesto vale mucho más que cualquier fortuna!. ¡El muy imbécil la tenía como una vulgar mascota!

Galwyn se quedó mirando fijamente la serpiente. Aquello no valía una fortuna, de buena gana la abriría del cuello hasta la punta de la cola solo para ver qué cara pondría Daros. El alquimista pareció leerle el pensamiento.

- Ya sé que para vos no tiene ningún valor. ¿Ve eso que le gotea por el pelo? -señaló el lomo de la serpiente mientras esta se retorció sobre sí misma-. Es veneno, uno de los más rápidos y letales que se conoce, pero mezclado con las hierbas correctas puede curar gran cantidad de males.

- Espero que pueda curar lo que te haré si no te das prisa.

- Con pocos modales y apresurado, mala combinación. Pero os perdono, sé que el viaje ha sido largo y complicado. Se dice que los Ulls están bajando con más frecuencia de las montañas capitaneados por el Rey Jabalí. ¡Esos si que son monstruos antinatura! En cuanto pongan un pie en Xaros les sacaremos las entrañas con nuestras lanzas.

- Antes deberíais ocuparos de vuestros problemas. Oí que la mitad de Laceros ha caído en manos de un mercenario.

- ¡Un agitador! Nada más que eso. Ese también acabará atravesado si llega a poner un pie a este lado del desierto.

Daros se detuvo delante de un armario y, con la misma llave que había abierto la puerta, lo abrió. Sacó un cofre pequeño y lo puso sobre la mesa donde los gusanos ya reptaban fuera del trozo de tela. El cofre poseía incrustaciones de piedras preciosas que brillaban a la luz de la lámpara. Nuevamente usó la misma llave con la que había abierto las dos cerraduras anteriores y la hizo girar. El cofre se abrió, aunque su cerradura era más pequeña que la de la puerta. El interior estaba a rebozar de arena roja, la cual se desparramó sobre la mesa cuando Daros metió una de sus manos gordas y rebuscó con mucho cuidado durante unos segundos.

- Ha sido un trabajo duro, pero un trabajo como este es el sueño de cualquier alquimista. Jamás pensé que tendría una en mis manos. Son difíciles de encontrar y mucho más difíciles de trabajar. Vuestro amo ha sido muy generoso y paciente para conmigo; pedía perfección y eso es lo que le ofrezco.

Galwyn esperaba expectante mientras Daros no paraba de hablar.

- Aquí está -levantó algo y lo llevó con mucho cuidado hasta la luz de la lámpara.

Era un frasco de cristal del tamaño y grosor de un dedo pulgar. En el interior se encontraba una sustancia negra que centelleaba con la luz de la lámpara. Daros contempló el frasco largo rato y lo hizo girar lentamente entre sus dedos mientras dejaba escapar susurros en una lengua extraña. Galwyn esperó en silencio a que acabara lo que parecía ser algún tipo de ritual. Después de unos minutos que le parecieron eternos, Daros depositó el frasco en su mano.

A pesar de su tamaño, el frasco pesaba mucho más de lo debería, casi el doble que la lámpara llena de aceite que sostenía en la mano derecha. Pero no era el peso lo que le preocupaba. Aquella sustancia negra lo hacía sentirse débil, las piernas le temblaban y gotas de sudor frío le recorrían la frente. De repente, la habitación daba vueltas a su alrededor y la visión le fallaba. Dejó la lámpara sobre la mesa y se frotó los ojos para ver claramente. Daros se apresuró a quitarle el frasco de la mano.

- Escuchadme bien, os lo voy a advertir una sola vez. No sé que habrá visto él en vos, ni por qué os haya confiado esta misión, tampoco soy nadie para contradecir sus ordenes, pero esto que tenéis entre manos es más grande de lo que os imagináis y más poderoso que cualquier hombre. No abráis el frasco, no dejéis que se rompa, no lo oláis y mucho menos lo bebáis. Ya sabéis qué tenéis que hacer -puso un pergamino arrugado en

sus manos.

Galwyn se recompuso y desplegó el pergamino. Ante él se reveló un mapa detallado de la región de Erion. Se fijó en las montañas malditas de Greenos, lugar a donde los Ulls habían sido expulsados hacía más de 500 años; a sus pies, el pantano humeante; el verde de las fértiles tierras de Eronte acababa donde el gran desierto de Xaros aparecía como una mancha roja; al oeste, la orgullosa ciudad de New Lambor, donde se encontraba el Puerto de la Sal, el más grande de todo Erion. El río conocido como "Gran Osmanr" daba vida a toda la región; nacía en Greenos, atravesaba Eronte en su descenso y se introducía en Xaros en algunos puntos hasta llegar al valle de Calis, en forma de V, donde se dividía hacia el mar a través de New Lambor y por el desierto de Xaros hasta la ciudad de Kandros. Ese río dividido en dos era conocido como "Pequeño Osmanr" y de él nacían otros tantos como el Diosa Orea, Sangre Verde y el Cascada de Arena.

Galwyn enrolló el pergamino y se quedó mirando con curiosidad aquella sustancia extraña. Tras unos segundos, lanzó el frasco al aire. Daros Malak se alejó con un chillido mientras se cubría el rostro con ambas manos. El frasco giró en el aire antes de empezar su precipitado descenso contra el suelo. Galwyn abrió la bolsa que llevaba colgada al cinturón. El frasco cayó dentro de la bolsa sin hacer ruino alguno. La volvió a cerrar y le dio un par de golpecitos con la mano.

- Tranquilo -sonrió antes de añadir-: Está en buenas manos.

Capítulo 3

Alyssa (I)

El bosque seguía siendo el mismo. Llevaba siglos, quizá milenios, sumido en un silencio apacible solo interrumpido por el murmullo del arroyo que fluía bajo sus pies en dirección al infinito. En el cielo, las siete lunas estaban alineadas en perfecto orden y todas brillaban del mismo color, un azul mortecino. Del mismo azul era su vestido; le llegaba hasta pasadas las rodillas y se veía salpicado allí donde casi era alcanzado por el agua. La larga cabellera le caía sobre los hombros como una cascada carmesí.

Alyssa había estado ahí tantas veces que ya conocía cada árbol con cada hoja, raíz y tronco que lo componía. Incluso había aprendido a escuchar sus susurros. Cada uno emitía un sonido diferente que al mezclarse formaba un laberinto de melodías que contaban la historia misma del bosque. La canción de aquel bosque era la nana de una madre a su hijo, cantada al oído, en pequeños susurros casi imperceptibles.

Se dirigió a la orilla arrastrando los pies bajo la arena y decidió tumbarse sobre la hierba húmeda. En aquel bosque de árboles milenarios, tan altos que rasgaban la cúpula estrellada del firmamento, solo existía ella. Aun así el bosque no le pertenecía, de eso estaba segura. La invitaba a perderse en su inmensidad una y otra vez, pero la invitación no duraba más de una noche.

Cerró los ojos un instante, o quizás una eternidad, no lo sabía. Lo que nunca olvidaría sería el graznido, agudo y demandante, que disipó la canción del bosque. Se incorporó de repente y miró en todas las direcciones. Los árboles seguían allí, también el arroyo, pero la luz había desaparecido para dar paso a una oscuridad densa, que parecía juzgarla en silencio. En el cielo, las lunas volvían a estar disipadas en su orden habitual; Kyot brillaba roja como la sangre, mientras que Aera continuaba salpicada por miles de fragmentos de piedra que la seguían en su continua penitencia. Un nuevo graznido, esta vez más aterrador que el primero, la hizo estremecer. Le siguió otro, todavía más fuerte, y a este le sucedieron una decena más. Venían de las nubes de tormenta que cubrían el cielo como un manto sombrío, del rugir del viento y de las entrañas de la tierra.

- ¡Alyssa! -escuchó entre graznidos.

Un escalofrío le recorrió la espalda y, sin darse cuenta, se encontraba de pie.

- ¡Alyssa! -repitió la voz con más fuerza.

Se cubrió las orejas en un intento por obstaculizar aquel chillido, pero le fue inútil. Un graznido atronador hizo que perdiese el equilibrio y cayó de bruces contra el suelo. Se levantó y empezó a correr. Las ramas le impedían el paso, le golpeaban el rostro y se entrelazaban entre sí para hacerle caer. Se descubrió gritando, aterrada, mientras sus pies luchaban por huir de los graznidos que la atormentaban.

Entonces lo vio.

La jaula se encontraba suspendida varios metros del suelo, en una de las ramas de un árbol de piedra, cuyas raíces agrietaban la tierra, impidiendo que nada creciese a su alrededor. En ella, un halcón negro como el azabache, intentaba escapar de manera frenética. De su pico salía tan desapacible graznido; de sus alas, un polvo oscuro que al disiparse en el aire provocaba sombras que reptaban por el suelo. El halcón la miró a los ojos y dejó escapar el más feroz de los graznidos. Alyssa comprendió lo que le pedía.

Corrió hacia el árbol de piedra y trepó por sus ramas muertas. Cuando llegó a la parte más alta, las manos le sangraban, pero eso no la detuvo; una extraña sensación la empujaba a seguir adelante. Alzó los brazos e intentó romper los barrotes de la jaula. Al principio no cedía, pero tras varios intentos empezó a brotar de ella un líquido extraño de color negro. La sustancia era cálida como la caricia del sol veraniego y viscosa como la miel, pero desprendía un olor nauseabundo que hacía que las fuerzas la abandonasen poco a poco.

El líquido emanaba cada vez con más fuerza, aún así, la jaula no perdía un gramo de consistencia. Del vestido solo quedaban destellos azules en los lugares donde la sustancia no había penetrado. Alyssa sentía como empezaba a desfallecer, la voz del halcón parecía cada vez más lejana hasta que le fue imposible escucharla. Resbaló de la rama y se estrelló contra el suelo.

Al despertar, la jaula y el halcón habían desaparecido. Se volvía a encontrar cerca del arroyo, cubierta por aquel fluido viscoso. Con paso inestable se dirigió a la orilla. El agua cristalina que una vez corriese por allí había sido sustituida por la sustancia negra que emanaba de la jaula. El espesor la hacía moverse de manera lenta pero constante. Grandes burbujas se inflaban en la superficie para explotar de forma abrupta, lanzando olas fétidas. Contempló el espectáculo largo rato mientras los árboles a su alrededor morían lentamente. La canción del bosque ya no

era sosegada, sino un grito de agonía.

De repente, el halcón salió del agua lanzando un graznido hacia las siete lunas. Revoloteó en círculos hasta que se decidió a avanzar en su dirección. Las garras se clavaron en la carne y las alas parecieron soplar muerte sobre ella. El halcón le picoteó el pecho, donde no había nada más que piel.

- ¡Alyssa! -graznó una vez más-. ¡Alyssa!

Se incorporó de repente, entre sudores, luchando por cada bocanada de aire. El pecho le quemaba allí donde el halcón le había atacado. El rubí que lo adornaba ardía como nunca lo había hecho; parecía estar a punto de estallar en mil pedazos. Alyssa intentó arrancarlo con todas sus fuerzas, pero no se movía, estaba incrustado en la carne, era parte de ella.

Tras darse por vencida, se consoló pensando que aquello no había sido más que una espantosa pesadilla. Entonces pudo escuchar como aporreaban la puerta. Se levantó temblorosa y caminó de manera errática hasta que sus manos hicieron girar el pomo. Los ojos de su madre la juzgaban con hosquedad desde el otro lado.

- Las campanas -exclamó, sin necesidad de añadir nada más.

Hasta ese momento, Alyssa no se había percatado: las campanas repiqueteaban a lo lejos con un sonido frenético. Se giró por inercia y corrió a la ventana. En el exterior, algunas personas desfilaban despreocupadas colina abajo. Los rayos del amanecer teñían sus caras de colores vivos en tonalidades que, en otras circunstancias, le parecerían hermosas. Pero Alyssa sabía que en New Lambor las campanas nunca sonaban para anunciar buenas noticias. Un mal presentimiento se apoderó de ella.

Su madre desapareció tras apremiarla una vez más. Alyssa se cambió de ropa tan rápido como pudo, dejó el camisón sudado sobre la cama y se puso el vestido gris que había llevado la noche anterior. Completó el atuendo con unas botas negras sucias de barro y una camisa blanca. Se recogió el pelo rojizo en una trenza que le llegaba casi hasta la cintura. Caminó hacia el espejo para asegurarse de que la gema permaneciese oculta. El rubí era de forma ovalada, intenso color escarlata y su dureza contrastaba con la fragilidad que aparentaba su poseedora. Se encontraba engastado en el centro de su pecho como si fuese parte de su piel, como un lunar del que no podía desprenderse. Había nacido con él y sabía que

la acompañaría hasta la tumba. "Si se enteran, estoy muerta", pensó.

- Debemos darnos prisa -repitió su madre al verla bajar las escaleras.

Juntas salieron al exterior, su padre se había marchado mucho antes. Tenían una casa amplia en lo alto de una de las mejores zonas de New Lambor; una colina con vistas al atardecer, donde casi no llegaba el olor a pescado del Puerto de la Sal. Caminaron en silencio mientras la calle se iba llenando de personas que marchaban en la misma dirección. Los Sabios rara vez hacían sonar las campanas, pero cuando sucedía, los Lamboris debían acudir de inmediato a la Plaza Central. Con suerte tan solo sería un anuncio sin mayor importancia, pero también cabía la posibilidad de que se tratase de una... No, la sola idea le parecía aterradora. Prefirió perderse en sus pensamientos y, sin darse cuenta, acabó pensando en la pesadilla de la noche anterior.

Había tenido el mismo sueño una y otra vez en las últimas semanas, pero en esta ocasión el desenlace había sido distinto. En anteriores ocasiones, el sueño acababa de manera abrupta con el graznido del halcón como transporte de vuelta a la realidad. Otras veces se quedaba dormida a orillas del arroyo y despertaba en su cama. Esos eran sus sueños preferidos, ya que venían acompañados de un dulce despertar. Pero nunca, desde que empezó ese círculo vicioso de sueños extraños, había sido atacada por el halcón. Al recordar la sustancia oscura y viscosa que manaba de sus alas, sintió como el rubí volvía a arder. Se llevó la mano al pecho para intentar aplacar el dolor, pero las fuerzas le fallaban. El dolor pasó casi de inmediato y por suerte su madre no se percató de lo que ocurría.

Tras la colina de casas galardonadas, jardines frondosos y blancas verjas de madera, se encontraba el New Lambor real. Allí las personas eran menos distinguidas y educadas. Los vestidos de finas sedas, colores vivos y sombreros a juego, dieron paso a otros de algodón basto y tonos grises. Muchos trabajaban en las minas, otros, los marginados, vivían de lo que podían. Alyssa no podía decidir quienes corrían peor suerte.

Pasaron junto a un albergue. Allí estaban quienes resultaban inútiles a un sistema que crecía a pasos agigantados. Se decía que vivir en New Lambor era un privilegio no al alcance de todos. Para esos "despojos", como eran conocidos, no había sitio. Alyssa se preguntó si algún día acabaría así; inservible, a merced de la buena voluntad de unos y la crueldad injustificada de otros.

Posó sus ojos en una niña que deambulaba desamparada entre la multitud. La niña le pidió una moneda, no con las manos, sino con unos ojos azules que reflejaban la crueldad misma de la ciudad. Sintió la necesidad de acercarse y ofrecerle ayuda, pero su madre la interrumpió

antes de que pudiese moverse, como si le hubiera leído la mente.

- Sabes que está prohibido -susurró con nerviosismo-. Si alguien te ve podría denunciarte por apoyar la indigencia.

- Yo solo quería...

- Meternos en un lío -la interrumpió-. Eso querías.

Darissa Rotterswood era una mujer orgullosa y poco dada a la empatía. A pesar de ser su hija, Alyssa nunca había sentido amor o afinidad por su parte. De ella solo había heredado el cabello color caoba rojizo y a veces daba gracias por ello. No era la nariz ganchuda, las caderas anchas y los ojos saltones lo que le preocupaban, sino su carácter y visión de la vida. La piedra maldita que llevaba incrustada en el pecho tampoco ayudaba mucho. "Si se enteran, estoy muerta", repitió en su interior.

Siguieron la dirección de la multitud y cruzaron el Puente del Pescado, una edificación de piedra que unía las dos orillas del río conocido como Pequeño Osmanr. Antes allí acababa la ciudad pero con los años se había expandido a las dos orillas. A lo lejos se veía la construcción del puente nuevo, de hierro, mucho más grande y resistente. Más allá acababa el río y empezaba el mar.

La Plaza Central aparecía ante ella como un mar de sombreros y pamelas. Todos se peleaban por un poco de espacio. Las voces se mezclaban con las risas de algunos y los gritos de las vendedoras ambulantes que buscaban hacer el día. Olía a pescado, a sal y sudor. Las gaviotas revoloteaban alrededor del gentío, un señor se quejaba de que una de ellas le había robado la pieza de percebe que acababa de comprar y exigía que le devolviesen el dinero o le diesen una nueva. La vendedora, de grandes pechos y caderas anchas, se oponía, como era de esperar. La escena le resultó cómica y, de no estar junto a su madre, habría soltado una risotada. Le ofrecieron percebes, cangrejo y demás delicias que ella rechazó con educación.

Las campanas dejaron de sonar cuando la muchedumbre empezó a congregarse en torno a un estrado de madera. En lo alto, una decena de hombres de sombreros elegantes charlaban alegremente entre las nubes de humo que emitían sus puros. Formaban el consejo de Sabios; ellos eran los gobernantes de New Lambor, elegidos cada lustro mediante una votación en la que participaban todos los Lamboris mayores de dieciséis años. Alyssa los había cumplido hacía poco tiempo, así que ya tenía el derecho, o más bien la obligación, de participar en la vida política de su ciudad. Entre ellos se encontraba su padre; un poco más alto de la media, de barba recortada y patillas pobladas, ojos oscuros y porte elegante.

James Rotterswood estaba claramente preocupado.

Tras varios minutos de espera, uno de los hombres cojeó hasta el borde de la plataforma. Era Luther Weatherdan, también conocido como "Pata de Palo", uno de los mayores científicos de New Lambor y reconocido miembro del gobierno. Alzó las manos y se hizo el silencio.

- Ciudadanos de New Lambor -gritó-. Os agradecemos vuestra asistencia a esta sesión extraordinaria.

"Como si pudiésemos negarnos", pensó Alyssa con amargura.

- El motivo por el que os hemos convocado, no es otro que el incumplimiento de una de nuestras leyes más antiguas y sagradas.

La multitud empezó a susurrar, hasta que el murmullo se hizo ensordecedor. Alyssa se temía lo peor.

- Uno de nosotros ha fingido respetar y vivir bajo nuestras leyes, mientras en secreto las incumplía. Es una ofensa que definitivamente no pasaremos por alto. Si hemos sido capaces de progresar, de alzarnos por encima de las demás naciones, es porque hemos dejado atrás la oscuridad de un mundo basado en creencias supersticiosas, alimentadas por la ignorancia de quienes aceptan esta visión de la realidad como correcta. Somos el futuro, un futuro afincado en el conocimiento científico y en la exploración de la razón. En nuestro futuro, en el futuro de esta ciudad, no hay espacio para la magia y sus practicantes.

Luther hizo un gesto con la mano y dos guardias arrastraron a una mujer encapuchada hasta el centro de la plataforma. Uno de los guardias retiró la capucha y un rostro magullado observó inquieto la multitud. La habían torturado, de eso estaba segura. A pesar de los cardenales, Alyssa reconoció el rostro de la mujer; se trataba de Elizabeth Hailor, la hija mayor de uno de los hombres más ricos de New Lambor. La multitud la abucheó y algunas piedras volaron sin llegar a acertar a la prisionera. "No, otra vez no". Alyssa buscó los ojos de su padre y le suplicó con una mirada que detuviese lo que estaba a punto de suceder, pero sabía que era imposible. Se sujetó el pecho con fuerza, el rubí estaba al rojo vivo. Se estremeció al ver como su sospecha se hacía realidad: se trataba de una ejecución.

Uno de los guardias acercó un pila de libros hasta el centro de la plataforma. Pata de Palo tomó uno y lo levantó para que todos lo vieran.

- Literatura prohibida, magia oscura, libros de hechizos y profecías... - recitó-. Esta mujer se hizo pasar por una de nosotros mientras en secreto practicaba la más oscura de las hechicerías. Nuestras leyes son claras - durante un momento el silencio fue absoluto-: por estos delitos el consejo

de Sabios condena a Elizabeth Hailor a muerte.

La gente vitoreó la decisión mientras Alyssa se esforzaba por contener las lágrimas. El rubí ardía en su pecho, estaba a punto de asfixiarla, las llamas le corrían por las venas deseosas de salir, de estallar en una lluvia carmesí. Alyssa luchaba contra sus deseos, apretó los ojos con fuerza y se concentró en evitar liberar su poder. Cuando los abrió, habían colocado un tocón al borde de la plataforma y Elizabeth se encontraba arrodillada con la cabeza sobre él.

- ¿Cuáles son tus últimas palabras? -preguntó Luther a modo de mofa.

La mujer levantó la cabeza lentamente, no había miedo en su mirada, sino rabia. La muchedumbre hizo silencio, expectante de las palabras que podrían salir por su boca.

- Se acerca una guerra -dijo-, una guerra para la que no estáis preparados. Cuando queráis hacer algo será muy tarde, la oscuridad cubrirá esta ciudad y las piedras lloverán desde el cielo. Porque grandes son vuestros crímenes y grande será vuestro castigo.

Luther dejó escapar un suspiro antes de dar la orden. El hacha bajó a toda velocidad. Cuando estuvo a medio camino, Alyssa ya había cerrado los ojos. Se apretó el rubí con fuerza. El sonido resonó en su cabeza durante varios segundos, un sonido que le recordaba el lugar de la magia y sus practicantes en la ciudad de New Lambor. "Si se enteran, estoy muerta".

Capítulo 4

Elenor de Kandros

Elenor contemplaba Arienna desde sus habitaciones en lo alto del Palacio Real. Narvea, la luna sin luz, se encontraba a principio de ciclo y cubría a sus seis hermanas con un manto de oscuridad. Era la luna de los hechiceros y de las artes oscuras. En las calles de la ciudad, cientos de antorchas brillaban como lunares en la espalda de una doncella de arena. Sus portadores se movían despacio, ajenos al silbido extraño del viento que solo ella parecía percibir. No los culpó; contaba con la perspicacia propia de aquellos que están a punto de morir.

Sostenía la copa en las manos. Contenía un veneno rojo como la sangre, espeso y burbujeante. Lo había fabricado ella misma, así que no dudaba de su efectividad. Lo hacía girar en el interior de la copa, aplazando el primer trago todo lo posible, sabía que era el más difícil. No había escapatoria, la visión había sido clara. Tanto dolor, tanta destrucción causada por sí misma... era el final justo y a la vez el más egoísta. No quería vivir para ver su ciudad reducida a cenizas.

Su vida pasó ante sus ojos. La sacerdotisa, de voz dulce y complaciente, la arrancó de los brazos de su madre cuando a penas era una niña. Su futuro ya estaba escrito: sería Anciana de Xaros y gobernaría en nombre de su ciudad natal, Kandros. Allí creció, ajena al mundo y todo lo que había en él, hasta que un día, lo vio. La belleza del palacio de mármol palidecía ante sus ojos azules. Correteaba por los pasillos como si todo el mundo fuera suyo, y tras él, siempre a su lado, ella.

De repente, las imágenes pasaron a toda prisa. Recordó el vientre hinchado, la luna sangrienta y la maldición. Recordó la inocencia de sus miradas, el cáliz a rebosar de Elixir del Mañana y la mujer que lo sostenía. Recordó la daga, la profecía y la advertencia de su maestro. Por último, recordó la visión: se vio en Kandros, rodeada de la destrucción provocada por sus errores del pasado.

Entonces se percató de que estaba desnuda. Sintió frío, incluso, para su sorpresa, un poco de pudor. Se cubrió los pechos con las manos y atravesó las cortinas que separaban sus habitaciones del amplio balcón. Se dirigió hacia la cama, donde un palacio de almohadas de plumas la

esperaba. Apuró la copa y se recostó, el sueño llegaría antes que la muerte.

Capítulo 5

Fueron a buscarla al atardecer. Eran cuatro soldados de mediana edad y aspecto amenazante. Urra los recibió en su humilde bazar como si fuesen clientes corrientes, aunque presentía que sus intenciones no eran buenas.

- Tengo de todo y a muy buen precio -les dijo mientras se esforzaba por sonreír-. Por unos pocos Xarams de cobre podéis hacer felices a vuestras esposas.

- Guárdate las baratijas, mujer. Es a ti quién queremos.

- ¿A mí? -sonrió, halagada, mientras que con uno de los pocos dedos que le quedaban en la mano derecha, se apartaba los mechones canosos de la cara-. Os habéis equivocado, los burdeles están al otro lado de la ciudad.

El soldado no pareció apreciar la broma, rodeó el puesto y la agarró por el brazo. A su alrededor decenas de curiosos se agolpaban para ver lo que sucedía.

- He pagado mis impuestos -dijo-. Mi bazar cumple con las leyes de los Ancianos. No tenéis ningún derecho. ¡Soltadme!

Fingieron no escucharla. La arrastraron por el brazo hasta uno de los camellos en los que habían llegado. Urra no opuso resistencia, no quería levantar sospechas. Los soldados no vieron la necesidad de atarle las manos, pero uno de ellos formuló una advertencia:

- Si intentas escapar de buen gusto te abriré el cuello con mi daga.

Urra se percató de que las palabras que salían por su boca no se correspondían con lo que sus ojos denotaban. Sin más, escupió la cara del soldado. Éste desenfundó la daga pero, a toda prisa, uno de sus compañeros lo detuvo. El soldado se mordió la lengua mientras se limpiaba el escupitajo. "*Tienen prohibido hacerme daño*", comprobó. De repente, se sintió aliviada.

Tanto ella como los soldados guardaron silencio el resto del trayecto. Urra no tardó en descubrir hacia donde se dirigían: El Palacio Real. "*¿Qué querrá ahora y por qué me hace llamar con escolta?*", se preguntó.

Aquello era impropio de su maestra, algo extraño ocurría.

Ya había anochecido cuando divisaron las puertas del Palacio Real. Aún siendo de noche y con la poca luz que desprendía la luna Narvea, el palacio era imponente y majestuoso. No entraron por la puerta principal, rodearon el palacio hasta llegar a una pared donde, a primera vista, no había nada. Tras asegurarse de que estaban a solas, uno de los soldados dijo unas palabras en la lengua antigua y, al otro lado, alguien contestó en la misma lengua. La pared cedió y un pasadizo secreto se abrió ante ellos. Era oscuro, aunque se veían algunas antorchas al final. El suelo estaba cubierto de arena roja.

- Bájate -ordenó el soldado al que había escupido.

- ¿Acaso eres ciego? -le espetó-. A penas puedo caminar, ¿cómo esperas que salte del camello?

- ¡Maldita vieja! ¡Ojalá mil escorpiones te coman los ojos!

El soldado la agarró por la cintura y la depositó en el suelo con poco tacto. Urra fingió perder el equilibrio y acabó encima de él.

- ¡Quitadmela de encima! -ordenó enfadado.

Los otros tres corrieron a levantarlos. Mientras el soldado la maldecía y se sacudía la arena, Urra escondía la daga que le había robado en uno de los pliegues del vestido. No quería estar desarmada si las cosas llegaban a torcerse. El vigilante que había abierto la puerta la invitó a entrar. Urra se despidió de los soldados mirándolos por encima del hombro. Caminaron por el pasillo hasta donde se encontraban las antorchas, y siguieron caminando durante casi una hora, atravesando pasadizos ocultos en las paredes, subiendo y bajando escaleras cuando era necesario. *"Y yo que creía conocer todos los pasadizos de este lugar"*, pensó asombrada.

Comenzó a jugar con los anillos, como tenía por costumbre cuando estaba nerviosa. En la mano derecha, donde solo le quedaban tres dedos, llevaba seis anillos; tres en el dedo medio, dos en el índice y uno en el pulgar. Otros cuatro se repartían por la mano izquierda. Fueron un regalo de su maestra; uno por cada año a su servicio. Tras cruzar un canal subterráneo, el vigilante habló por primera vez. Urra a penas podía distinguir sus facciones bajo la luz titubeante de la antorcha.

- Sigue este camino y gira siempre a la izquierda hasta llegar a una escalera de caracol. Al final de la escalera habrá una puerta, pasa sin llamar.

Sin más, el joven se marchó por donde habían venido. Urra siguió sus indicaciones y, cuando llegó a lo alto de la escalera, sostuvo la daga con la

mano izquierda. Respiró hondo antes de empujar la puerta y comprobó lo que ya sabía: aquella no era la habitación de su maestra. La estancia era mínima, sin ventanas y de forma hexagonal. La puerta por la que entró era solo una de las que había en la habitación, cada una de distinto color, excepto en la pared donde se encontraba la cama.

El anciano parecía llevar un siglo dormido o quizás muerto. Era calvo, arrugado y su piel albina lo hacía parecer una rata recién nacida. Respiraba, eso parecía. Olía a hiervas medicinales y ungüentos. Urra recorrió la habitación en silencio con la daga en la mano izquierda. *¿Quiere que lo mate?, se preguntó. ¿Me ha enviado a matar a uno de sus hermanos?''.*

- No -susurró el anciano con una voz frágil como el cristal.

¿Acaso le había leído el pensamiento?

-. Guarda la daga -la voz era tan sobria y diminuta como la habitación-. No la usarás esta noche.

Urra se preguntó cómo era capaz de verla aun teniendo los ojos cerrados. Cuando el anciano los abrió, sus dudas quedaron disipadas. Eran blancos, sin vida, nunca habían visto nada y a la vez parecían haberlo visto todo. Lo reconoció de inmediato. No cabía duda, se encontraba en la presencia de Elio de Har, Anciano Supremo de Xaros.

- Di tu nombre -ordenó el anciano.

- Urra Liorem, mi señor.

El anciano dejó escapar una risita, seguida por una tos aguda y seca. Urra también sonrió.

- Haces flaco favor a tu maestra, niña. ¿Ni siquiera puedes engañar a un viejo ciego?

- No a vos, mi señor.

Kannah se dio por vencida. Se desprendió de los anillos que llevaba en la mano derecha. Al quitarse los del dedo medio, sus canas cayeron al suelo; los del índice corrigieron la curvatura de su espalda; el del pulgar, borró sus arrugas y las sustituyó por una piel tersa y llena de vida. Los dedos no le volvieron a crecer, se los había cortado su maestra cuando a penas era una niña. En pocos segundos, la anciana vendedora del mercado de Arienna, se transformó en una chica de piel de ébano, pechos firmes y cabeza rapada. A sus diecisiete años, Kannah no solo era una hechicera,

también era la viva imagen de la belleza Xaronti.

- Sabía que no os engañaría, pero tenía tantas ganas de intentarlo.

- Di tu nombre -repitió el anciano.

- Kannah Vannaghar, mi señor. A vuestro servicio -se inclinó en una reverencia de respeto.

El anciano sonrió y, con un gesto, la invitó a sentarse en la cama. Kannah aceptó; cuando un Anciano de Xaros te ofrece algo rara vez puedes negarte, y mucho menos si se trata de Elio de Har.

- Te preguntarás porqué te he hecho llamar. No me andaré con rodeos -el anciano buscó su mano y Kannah se dejó acariciar, no sin extrañarse-: Kannah, tu maestra ha muerto.

- ¿Qué? -Kannah saltó de la cama, soltando la mano del anciano con violencia-. ¿Cómo es posible? ¿Quién...?

- Ella misma -contestó el anciano sin mostrar emoción alguna-. Veneno, eligió una muerte rápida e indolora. Una de las criadas la encontró sin vida la mañana del tercer día de este ciclo lunar.

No entendía nada. ¿Cómo era posible que su maestra se hubiese quitado la vida? Era tan joven, tan hermosa, tan poderosa... No, aquello no tenía sentido. El anciano debía de estar engañándola o, quizá, fuese él el asesino. De ser así lo mataría, no le importaba su rango ni poder. Las primeras lágrimas corrieron por sus mejillas.

- ¿Y por qué habéis tardado tanto en avisarme?

A penas faltaban tres días para que la luna Narvea cediera su lugar en el cielo a Kyot, la luna de sangre. Su maestra había fallecido hacía ya varias semanas.

- Sé como te sientes -dijo el anciano mirando al vacío-, antes de ser tu maestra fue mi aprendiz, y antes de eso, mi hermana.

Recordó que los Ancianos gobernantes de Xaros se llamaban hermanos entre sí.

- ¿Pero... Por qué?

- El porqué es lo de menos. El porqué no la traerá de vuelta.

- Quiero ver sus restos mortales -sí, esa era la única forma de creer al

anciano.

- Sus cenizas deben ser parte del Desierto Rojo en estos momentos. Ordené que la incineraran en secreto y todos los que saben de su muerte están encerrados en las mazmorras. Para los demás Ancianos, Elenor se encuentra inmersa en uno de sus viajes. Solo tú y yo podemos conocer la verdad.

Ahora sí que no entendía nada. ¿Por qué mantener la muerte de su maestra en secreto? ¿Y por qué contárselo precisamente a ella?

- ¿Qué quieres de mí? -sabía que al anciano acabaría pidiéndole algo, así que decidió adelantarse a los acontecimientos.

- ¿Yo? -sus manos temblaban-. Kannah, yo ya no quiero nada de nadie. Es Xaros, nuestra nación, la que te necesita. Es la memoria de tu maestra la que reclama no ser olvidada. Es la guerra la que nos hace tomar decisiones apresuradas.

Kannah volvió a sentarse en la cama para escuchar con más atención.

- Tú eres la única persona en la que confiaba, su única alumna y su fiel espía. A parte de mí, nadie sabe de tu existencia. Como sabrás, estamos en guerra; alguien se ha proclamado Rey de Xaros y avanza hacia Arienna conquistando todo a su paso. Su mensaje es contrario al nuestro y está contagiando al pueblo llano su odio hacia los Ancianos. Laceros ya ha caído y su próximo objetivo será Kandros. Tenemos que evitar que la ciudad se levante en armas, pero, ¿cómo hacerlo cuando su gobernante está muerta?. Elenor de Kandros no solo era una Anciana, también era una de las más poderosas hechiceras que ha visto nuestra nación.

Kannah empezaba a entender.

- Además -continuó el anciano-, me queda poco tiempo de vida. Alguien más ocupara mi lugar en el Consejo y a saber cuales son sus intenciones. Hay una lucha de poder constante dentro de nuestra organización. El Concilio de Ancianos se acerca y existen opiniones diversas sobre como debemos tratar esta situación. Una guerra civil no es lo único a lo que nos enfrentamos, la Reina de Eronte está camino de Arienna para mediar en el creciente conflicto entre los mineros de New Lambor y nuestros asentamientos fronterizos. La Paz del Agua pende de un hilo. Sin la influencia de Elenor en el sur de Xaros, nuestro bando está destinado a perder. A penas podemos responder a las amenazas que vienen desde dentro de nuestra nación, ¿cómo crees que podríamos enfrentarnos a New Lambor?. Si la Paz del Agua se rompe, Xaros no sobrevivirá a la guerra.

- ¿Y qué puedo hacer yo? Ni siquiera he acabado mi entrenamiento -en

ese momento se dio cuenta de que en realidad nunca lo acabaría.

- Nadie conocía a Elenor de Kandros como tú, ni siquiera yo, su maestro. Tampoco hay nadie en este mundo de quién Elenor se fiase más que de ti -el anciano hizo una pausa y sus ojos parecieron mirar a través de ella-. Es por eso que necesito que te hagas pasar por tu maestra.

La propuesta no la sorprendió.

- No -dijo-, me niego a ser un títere de los Ancianos. Me niego a ensuciar la memoria de mi maestra suplantando su identidad.

Kannah se levantó de la cama.

- Tan indómita como Elenor me advirtió. No esperaba que aceptases a la primera. Es por eso que preparé algo para ti.

El anciano se sacó un frasco de una de sus mangas. Extendió el brazo invitándola a acercarse. Kannah lo agarró con desconfianza e hizo girar el líquido azul que había en el interior. Sus labios estuvieron a punto de formular una pregunta, pero el anciano ya tenía la respuesta.

- Elixir del mañana -susurró-. Un sorbo y abrirás una ventana al futuro, bebe más de la cuenta y te perderás en él.

Kannah dudaba de su autenticidad, pero prefirió no cuestionar las palabras del sabio anciano.

- Difícil de preparar por sus extraños ingredientes, aunque no para tu maestra. Acudió a esta pócima para arrojar luz sobre su futuro y lo que vio la llevó a quitarse la vida. Creí conveniente que tú también echarás un vistazo.

- ¿Y por qué no lo bebéis vos?

- Ya lo hice -confesó Elio-. Me vi en esta cama a punto de morir. Mis días están contados, niña.

Kannah dudó un segundo, pero pronto llegó a la conclusión de que si Helio de Har, cuyo poder sobrepasaba incluso al de su maestra, la quisiese muerta, ya la habría matado. Llevó la copa a sus labios y tomó un sorbo. El líquido azul al principio parecía dulce, pero a medida que se deslizaba por su garganta, tomaba sabores no conocidos por el paladar humano. La habitación empezó a dar vueltas, la copa se le resbaló de las manos, pero no llegó a oírla caer. De repente, parecía llevar todo el peso del techo en sus hombros. Intentó, sin éxito, no perder la consciencia. Los ojos blancos

del anciano fue lo último que vio.